



MAREAS DEL NORTE DE DEVON

Xema Hernán

MAREAS DEL NORTE DE DEVON



Primera edición: noviembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Xema Hernán

ISBN: 978-84-19595-22-5

ISBN digital: 978-84-19595-23-2

Depósito legal: M-28439-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Ona

Sábado

Marea alta. Sábado por la noche.

Luna en cuarto menguante. Ocaso de la luna: 01:08.

Suena Radio Estuario.

La trama está al descubierto. Bueno, lo está para algunos de nosotros. Pero no es mi trabajo leer obituarios. Todo lo que diré es que esta mañana encontré un pájaro muerto en el alféizar de mi ventana. No creo que haya estado allí por mucho tiempo, como buen regente de la tierra lo puse en una pequeña caja de cartón, y llevé el paquete hasta donde crecen unas flores salvajes. Allí lo enterré. Ya saben, el círculo de la vida y todas esas cosas buenas. Cuando las vea florecer sabré que el pajarillo tuvo algo que ver con eso. O quizás ya no lo recuerde. Así son las cosas.

Cuando muera, espero que lo mismo me suceda a mí. No que alguien me encuentre patas arriba sobre su alféizar, por supuesto, pero sí que tengan la deferencia de enterrarme de una manera que me permita contribuir después de haberme ido. Nada de cajas de pino lacado para mí, tíos. Nada de conservar en formaldehído mi viejo pellejo. Tendedme en la tierra desnuda y al natural. No quiero huir de la muerte sino ir hacia ella y más allá hasta que cada fragmento de mí mismo haya sido usado en este maravilloso planeta viviente.

Me atrevería a decirlos, queridos amigos, que la única razón por la cual la muerte nos hiera es porque amamos. La muerte no es intrínsecamente dolorosa. Nosotros la hacemos así. Yo no conocía a la avecilla que enterré hoy y por eso solo podía sentir una pequeña empatía por su muerte. Si le hubiera dado de

comer de mi mano cada mañana no dudo de que no hubiera sido capaz de hablar tan alegremente sobre el asunto en este atardecer.

Pero en todo caso, ¿dónde me quedé: amor, muerte?

Quizás os preguntéis a qué viene toda esta charla. Bueno, esta noche tengo una selección especial, una pista aún por estrenar que podría ayudar a encajar varias piezas de este enigmático juego de vida y muerte.

Saludos al Norte de Devon. Como siempre, esto es Radio Estuario y yo soy su anfitrión,

CHRIS FLEISCHMAN.

La radio policial crepitó. Isla estiró el brazo y agarró el parlante de su hombro tras bajar el volumen de Radio Estuario. Apenas podía escuchar la sensual voz de David Bowie por debajo de la lluvia y la estática de la radio. Era como tener a un viejo amigo sentado en la parte trasera del auto, incluso siendo un tema nuevo.

—¿Podrías repetir eso? —preguntó sosteniendo el auricular de la emisora frente a la boca aferrando con la otra mano el volante.

—Braunton Inn. ¿Quieres que te lo deletree?

Isla viró bruscamente al tiempo que un golpe de viento empujó su auto hacia la doble línea amarilla. Una tormenta se aproximaba. Se esperaba que impactara a mitad de semana. Con suavidad volvió a su carril y resopló.

—Lo siento, es la lluvia —replicó—. Adelante.

El suspiro del telefonista sonó seco por los altavoces de la radio —reporte de un individuo sospechoso en las inmediaciones. Posiblemente armado.

—¿Hay alguien en peligro? —preguntó Isla, su mente inquieta con algo parecido a una premonición.

—El personal del hotel fue quien nos alertó. Han cerrado puertas y ventanas. Lo último que supimos fue que el sospechoso estaba todavía afuera. No ha intentado acceder al edificio.

—¿Han contactado con Agger?

—Está ocupado con otra llamada.

Seguro que lo estaba, pensó Isla. Probablemente, dormitando tras su té de la tarde en una de las celdas de arresto vacías. Pero ningún bien le haría expresar sus sospechas ante el telefonista. Encendió las luces V-1 y tecleó la dirección del pequeño hotel rural en el gps.

—Tiempo estimado de llegada tres minutos. Envíen refuerzos. No quiero estar totalmente sola allá afuera.

El telefonista confirmó la solicitud de refuerzo y la radio enmudeció. La canción de Bowie seguía pero Isla ya no tenía tantas ganas de escucharla. Cortó la música y condujo en silencio con una vaga inquietud infiltrándose en su cabeza sin nada a lo que asirse.

Era joven pero no inexperta; sabía cómo cuidarse de los lobos allá afuera. Sin embargo esta llamada le producía una rara desazón que se deslizaba desde la base de su columna para abrirse camino hasta la nuca, fría y pegajosa por la humedad.

Isla intentó comprender la situación, era la mejor manera de recuperar la tranquilidad. No podía imaginar a nadie que eligiera merodear al aire libre con aquel tiempo de perros mojados, ni siquiera a alguien buscando causar problemas. Nadie nunca vagabundeaba por allí de noche, menos aún bajo la lluvia. No en la carretera que unía Barnstaple y Branton. Mucho menos junto a las arenas del estuario. No era algo raro que las mareas caprichosas le dieran un buen susto a algún caminante o atraparan a unos amantes en su coche con una crecida rápida.

Una de las frases del telefonista asomó a sus espaldas con uñas afiladas.

Posiblemente armado.

El agua atoró levemente las ruedas del coche patrulla al ingresar al angosto camino y bordear la zona de marisma y arena que el hotel dominaba. Isla encendió de nuevo la radio y escuchó a Chris decir algo sobre las mareas entre una y otra canción. Aunque sabía que Chris debía ser viejo —había estado en la radio desde que podía recordar—, había un tono musical y juguetón en su voz que siempre le recordaba a las viejas historias que su madre acostumbraba contarle acerca del Strömkarlen, un benevolente espíritu de

río que siempre aparecía como un joven apuesto que tocaba una música encantadora y nunca abandonaba la ribera. Radio Estuario transmitía ilegalmente desde algún lugar a lo largo de los bancos del estuario, tal vez en Appledore, tal vez en Instow. Había quienes decían que Chris transmitía desde Bideford y ese era el estuario al que se refería. Los más osados decían que Chris transmitía con su radio pirata desde el horrible edificio en desuso del centro cívico de Barnstaple, justo al lado de la mismísima estación de policía. Fuera como fuese, Isla no podía imaginar la vida sin Chris, en cierta forma, era tan parte del paisaje del Norte de Devon como lo eran el río y las mareas.

Isla se dejó llevar por el ritmo de las palabras del pinchadis-cos, recordando con cariño cómo su propia madre la sentaba en la enorme poltrona junto a la chimenea mientras la lluvia azotaba en el exterior y le llenaba con historias la mente. Las historias siempre la habían transportado desde el Norte de Devon a la nativa Suecia de su madre.

Isla podía ya sentir cómo el miedo la abandonaba mientras va-gaba por el pasado, pero cuando los neumáticos del auto patinaron brevemente en una cinta de agua en el estacionamiento de Braun-ton Inn, tuvo el escalofriante pensamiento de que quizás Chris Fleischman no era el Strömkarlen sino su más oscuro primo el Näck, que usaba el don de sus canciones para convencer a sus víctimas de que se ahogaran.

El viento se había calmado pero la lluvia todavía caía sobre el coche patrulla haciendo de la silueta de castillo del hotel un paisaje impresionista visto a través del vidrio, el tipo de pintura con la que uno se encontraría si Monet o Sisley hubieran caído en una alcohólica depresión y terminado en Ilfracombe, frente a las olas golpeando el malecón, con un lienzo en blanco. Isla aparcó lejos de la hospedería, y observó que había escasamente solo dos autos en el amplio espacio, apagó el motor. Los limpiaparabrisas conti-nuaron chirriando en sus idas y venidas por la superficie de vidrio brindándole breves visiones del exterior. Las almenas del edificio

se entrecortaban sobre el cielo azul negruzco. No podía ver señales de vida allá afuera bajo la lluvia, nada que indicara el peligro que podría estarle esperando una vez que pusiera un pie fuera de las puertas del coche patrulla.

Subió la cremallera de su impermeable y abrió la puerta. El tamborileo de la lluvia sobre el material sintético de la capucha dificultaba oír algo fuera de aquel pequeño mundo de fibras y plástico. Las luces del hotel estaban apagadas, posiblemente por instrucciones del oficial, quienquiera que fuese, que había tomado la llamada inicial, obligando a Isla a usar su linterna para iluminar el camino mientras se acercaba al edificio.

Siempre detestaba tener que confiar en ese pequeño halo de luz artificial. Le recordaba demasiado las películas donde el barrido del haz de una linterna garantizaba siempre la revelación del rostro ensangrentado de un colega muerto o algún horror agazapado en la oscuridad. En Barnstaple, por supuesto, esto nunca sucedía.

Siempre hay una primera vez para todo, se dijo Isla al tiempo que la lluvia comenzaba a correr en reguerillos por los pliegues de la capucha hasta caer sobre su nariz.

Decidió rodear el costado del edificio en dirección a los jardines de la parte trasera. Pensó en aquellos tiempos con sus padres y cómo su padre se enfadaba con su madre por relatarle historias de terror antes de ir a la cama. La pequeña Isla siempre insistía en que no estaba asustada con las historias que su madre le contaba, aunque en su corazón sabía que su valentía era tan frágil entonces como la escarcha en los cristales de la ventana de los días de tibio frío del invierno. Un crujido de noche en la vieja casa la dejaba temblando bajo las mantas hasta el amanecer. Y era siempre peor cuando su madre le narraba historias de la *Nattmara*.

Ningún coche pasaba junto a la carretera comarcal cercana al Braunton Inn. Los árboles lucían imponentes con sus terribles siluetas alrededor de los bordes del jardín, en tanto los arbustos y la maleza se amontonaban abrazando sus bases y parecían arrastrarse hacia el hotel incluso siendo traspasados con la luz de su linterna.

A su espalda las ventanas del hotel estaban oscuras sin el acostumbrado resplandor anaranjado que en las noches normales podía verse desde Fremington, al lado opuesto el estuario. Los cristales oscurecidos de la ventana la contemplaban intrigados mientras sus pies se hundían una y otra vez en el empapado césped.

Se increpó a sí misma por pensar en la *Nattmara*. *De todas las cosas que se me podrían venir a la cabeza en un momento como este*. La *Nattmara* era un presagio de muerte, criaturas que de noche entraban furtivamente en los hogares para aterrorizar a los vivos. Imaginó a una de las *maras*, con las garras y el largo cabello negro, parada en la lluvia esperando que se acercarse.

Un ruido hizo que trazara con su linterna un amplio arco iluminando la mayor parte del jardín. El rayo de luz captó a una figura estática cerca de uno de los árboles. Pudo haber jurado en ese momento que era una *mara* que venía a por ella. Pero respiró con fuerza y mantuvo fija la linterna sobre la figura para darse cuenta de que estaba muy equivocada. Era un hombre. Estaba parado bajo la lluvia y su rostro transmitía la indefensión de un gatito perdido lejos de su madre. No llevaba impermeable y sus ropas estaban totalmente empapadas. Sostenía algo en su mano, un pico de camping. Podría no ser un sospechoso en lo absoluto sino más bien un integrante del personal atrapado bajo la lluvia si no fuera por las manchas oscuras en su pecho y el inconfundible olor de la sangre en el aire.

Isla se acercó a él.

—Inspectora de Policía de Devon y Cornualles.

No hubo respuesta.

—Señor, ¿puede por favor identificarse?

El hombre no se movió aunque tuvo que haber escuchado la pregunta. Su frente estaba cubierta por largos mechones de cabellos húmedos. Incluso cuando Isla iluminó su cara no pareció notar su presencia.

—Inspectora de Policía de Devon y Cornualles. He dicho: ¿puede por favor identificarse, señor?

No hubo movimiento, ni siquiera una pizca de comprensión.

Era alto y desvaído, de hombros anchos, aunque su vestimenta bastante holgada ocultaba bien este hecho. ¿Qué hacía afuera bajo la lluvia?

La luz de la linterna hizo brillar la punta del pico de camping en la mano del hombre. Isla sacó del cinto su bastón. Lentamente, Isla movió su mano hasta el receptor de radio en su hombro.

—Habla la inspectora Isla Sven desde el Braunton Inn. Solicito una patrulla adicional. Ha habido un altercado. Sabía que no había habido ningún altercado, pero realmente no sabía qué decir.

Mientras aguardaba una respuesta del telefonista dijo: —Necesito que deje caer lo que está sosteniendo y coloque las manos detrás de su cabeza.

El hombre continuó con la mirada perdida. Isla hizo de nuevo la solicitud a la estación de policía, los nervios se apoderaban de ella en tanto el silencio se alargaba.

—Deje caer su arma, señor —logró decir con un grito lacónico que no parecía provenir de su cuerpo, suave y menudo.

Esta vez los ojos del hombre se encontraron con los de ella, o eso le pareció al menos, ya que estaba segura de que él no podía ver su rostro tras el brillo de la linterna. Los ojos inocentes del hombre se veían asustados, perplejos, como si no tuviera la menor idea de cómo es que estaba parado en el jardín del Braunton Inn, bajo la lluvia torrencial y en medio de la noche. Pero era un pie más alto que ella y tenía una respetable musculatura; no había tiempo para calibrar las intenciones del sujeto.

Isla echó mano de las reservas de coraje que le quedaban y apartó de su mente a los espantos. Su espalda estaba rígida, sus ojos fríos y duros.

—Si no deja caer su arma, no me quedará otra opción que emplear la fuerza.

El pico cayó en la hierba mojada con un golpe húmedo. Sus ojos se cerraron como los de un hombre que intenta tragar un dolor inenarrable.

—Las manos detrás de la cabeza.

Isla se acercó de manera cautelosa, lista para enfrentar al hombre en cualquier momento.

—Voy a colocarle las esposas.

Sus botas chapotearon en el césped mojado. Se esforzó por mantener el poco valor que le quedaba.

Estiró el brazo hasta una de las muñecas del hombre para ponerle las esposas, luego la otra. El hombre no opuso resistencia.

—Es solo una precaución —dijo hablando más para sí misma que para él—. Voy a llevarlo a la estación para que podamos conversar y averiguar por qué estaba usted solo aquí afuera.

Al terminar de asegurar las esposas detrás de su espalda, los brazos del hombre se tensaron. Isla hizo un movimiento instintivo hacia su bastón. Le tomó un momento notar la burbuja de sonido que provenía del interior de su impermeable. Parecía que el telefonista finalmente había escuchado su solicitud y estaba tratando de contactarla, pero la conexión era mala y solo se escuchaba la estática. El hombre, se relajó. Isla comprendió que el sonido repentino de la radio debía de haberlo sobresaltado.

—Solo quiero ir a casa —farfulló el hombre a través de la lluvia sobre sus labios.

Isla colocó una mano sobre la parte baja de la espalda para conducirlo con delicadeza hasta el coche patrulla. No había más sonido que el de la frecuencia policial. Debían de haber desistido de intentar comunicarse con ella.

Ayudó al hombre a subirse a la parte trasera del coche patrulla y cerró la puerta. Antes de subirse ella, oteó el horizonte buscando luces azules y agudizó el oído intentando identificar sirenas en la lejanía. Pero solo había silencio y el vulgar resplandor amarillo del pueblo al otro lado del estuario. No habían llamado a ningún refuerzo. No para ella. Si Agger hubiera sido el que estuviera aquí, tendría la mitad de la fuerza de cuerpo presente con reflectores y sabuesos. Pero para Isla, si las cosas hubieran salido mal, si el hombre hubiera resultado ser violento...

Se instaló en el asiento del conductor y cerró de un portazo. La radio del auto volvió una vez encendió el motor. Estaban poniendo de nuevo esa canción, esa de Bowie que todavía no había sido sacada a la venta. Por un momento sintió que había entrado en un bucle temporal y no podía recordar si estaba saliendo o ingresando. Miró por el espejo retrovisor para asegurarse de que el hombre que había arrestado estaba todavía en el asiento trasero. Lo estaba. No era raro que Chris hiciera sonar la misma canción dos veces la misma noche. Intentó relajarse.

¿A quién quiero engañar?

Se sentía sola, fría y asustada, como en esas noches en las que deseaba poder deslizarse y meterse en la cama con Mamá y Papá pero sabía que tenía que ser valiente porque eran solo historias, fantasías de su mente. Nada sabía del hombre con el pico de camping y la sangre salpicada en el pecho, y aún así había comenzado a darle vueltas a la especulación. *Tienes la mente en las nubes cariño mío, eres una pequeña pajarita que nada tiene que buscar deambulando las oscuras historias de tu madre.* Su padre tenía razón, no estaba hecha para escuchar historias de terror infantiles, ni para trabajar sola y desamparada bajo la lluvia en la profesión policial. Debería haberse quedado en el trabajo administrativo. Era una parte de su empleo que podía completar de manera prolija y eficiente.

—No tiene que hacer eso.

La voz del hombre la sobresaltó. No se había dado cuenta de que tenía la mano sobre el dial de la radio. Bajó el volumen de la música de todas formas.

—¿Puede decirme su nombre? —preguntó Isla.

—*Bring me the Disco King* —murmuró el hombre mientras sus ojos contemplaban la ventana azotada por la lluvia. No había humor en su voz, solo la indiferencia de alguien no muy consciente de lo que le rodeaba.

—¿Puede decirme su dirección? —preguntó Isla ignorando su sarcástica respuesta— ¿Su lugar de trabajo? ¿Su profesión?

Sabía que estaba usando el tipo de tono que se solía emplear con un niño extraviado, pero parecía coincidir con la mirada de vulnerabilidad que veía en los ojos del hombre.

No hubo respuesta.

No hay problema, se dijo. No tenía que preocuparse por no obtener respuestas en ese momento. Ya habría tiempo de sobra allá en la estación de policía. Todo lo que necesitaba de él era que comenzara a pensar en términos simples, concretos, acerca de sí mismo y lo que le rodeaba. Si podía ayudarlo a encontrar algunas referencias mentales —la dirección de su lugar de trabajo, quizás, o aún mejor de su casa— habría cubierto bastante camino obteniendo de él más respuestas una vez llegaran a la estación de policía.

Pero el hombre solo meneó su cabeza y los mechones mojados se le agitaron ambos lados de la frente. Se veía como un perro que había sido pateado demasiadas veces. Isla enmudeció y volvió a sintonizar Radio Estuario.

*

La tetera silbó e Isla tomó asiento con sus manos abrazando la taza. Respiró hondo.

Podría haber acabado mal, pero ha resultado una incidencia sin complicaciones, excepto por las muchas preguntas que rodeaban la identidad del hombre y sus circunstancias.

El hombre fue llevado a una habitación para ser interrogado de inmediato. Isla comunicó a su oficial superior cómo lo había encontrado en el jardín del Braunton Inn. Unos vehículos fueron enviados a registrar la zona.

Se acercó a la rígida banca del corredor y alguien entró a interrogar al hombre manchado de sangre. No había visto quién había entrado, pero probablemente había sido uno de los oficiales veteranos. Aunque había expuesto las razones por las cuales debería ser ella quien lo interrogara, cerraron la puerta en su cara sin ninguna

ceremonia. Era inútil discutir con hombres, especialmente el tipo que siempre creía saber más.

Se sacó una bota empapada y restregó su tobillo entumecido para reanimarlo. El Inspector Jefe apareció cuando intentaba calzarse de nuevo la bota y tomó asiento junto a ella en la banca. Tenía esa cualidad que todo buen jefe tiene y siempre llegaba en el momento más embarazoso. Era un hombre demacrado que llevaba unos cuarenta años en la fuerza. Conocía Barnstaple mejor que nadie, y la fuerza aún más. No era como casi todos los demás. Era justo y amable, y quizás un poco terco cuando se trataba de apegarse al protocolo policial.

—Vaya pez que atrapaste —dijo sin ironía.

Isla apartó un húmedo mechón de cabello de su ceja —no lo atrapé. Lo trajo la marea. ¿Ya está hablando?

El hombre meneó su cabeza.

—No se lo hemos pedido. Lo estamos calentando primero. Café caliente, una manta de emergencia. A un hombre no le gusta hablar cuando está calado hasta los huesos.

—Estuve sola allá afuera.

—No había razón para enviar respaldo. No había reportes de un crimen más allá de merodear sin autorización en el jardín de una propiedad privada, y un sospechoso que no mostraba hostilidad. No quería enviar a Agger bajo esa lluvia por nada.

No era «nada», pensó. Era un hombre armado salpicado de sangre en el jardín privado del Braunton Inn. Cualquier cantidad de *cosas malas* podrían haber sucedido; sin embargo, se suponía que debía lidiar con *cosas malas*, al fin y al cabo trabajar para el Departamento de Investigación Criminal de Devon y Cornualles significaba que debía estar acostumbrada a crímenes serios. Pero nunca nada había sucedido nada reseñable localmente así que tal vez se había olvidado lo que era ser una policía de verdad.

—Nada pasó —repitió el Inspector Jefe.

Ella lo miró implacable.

—Todos lo hacemos —dijo—, nos asustamos a nosotros mismos. Armar historias sobre lo que pudo haber salido mal. Pero,

¿cuándo fue la última vez que un oficial fue herido mientras patrullaba? Esto es Barnstaple, no estamos en Londres. ¡Dios nos libre!

Isla sabía que estaba pensando de manera irracional. No necesitaba que el Inspector Jefe se lo dijera. Aún así no podía apartar esa sensación ominosa de inquietud que la inundaba.

El Inspector Jefe le dio una palmada en el hombro y se puso de pie de un salto.

—Creo que es el momento de que entres ahí.

Isla no supo qué responder. Suponía que alguien más había sido asignado. ¿Había estado el hombre sentado allí en solitario durante todo este tiempo? ¿Por qué el jefe estaba siendo tan amable? ¿O era que le estaba tendiendo una trampa para que fallara? El suelo pareció tambalearse bajo sus pies; las botas húmedas chapotearon al ponerse de pie y se sintió irreparablemente menos segura de sí misma.

*

La inspectora era joven y bella. George se sentía a la deriva. La costa estaba cerca, pero la marea continuaba arrastrándolo hacia afuera justo cuando estaba seguro de que sus pies pisarían la arena. Intentó asirse a las preguntas de la inspectora para escapar de la fuerza de las olas, pero lo único en lo que podía pensar era en la lluvia y en la oscuridad, y en el horrible momento vivido esa misma noche.

*

El Inspector Jefe asomó su cabeza canosa al interior de la sala de interrogatorios.

—Sven, una palabra.

Isla se levantó y siguió al jefe fuera de la sala preguntándose si habían encontrado algo en la hostería. Si así había sido, tendría que cambiar su táctica con el sospechoso. Tendría que dejar de sostener su mano y obtener las respuestas verdaderas antes de que

enviaran a alguien más a tomar su lugar. El Inspector Jefe le tendió una ajada carpeta bistre-marrón.

Un rápido vistazo al archivo del sospechoso fue suficiente para que Isla imaginara a Agger frotándose las manos por darle a un hombre como George Álvarez, un refinado profesor de idiomas de una cara escuela privada y de complexión y nombre decididamente no anglosajones, una buena cata de las tácticas de interrogación de la vieja guardia. Sería como lanzarle un ciervo enfermo a un lobo hambriento.

—No me diga que hallaron algo —dijo una vez que se escuchó el clic de la puerta al cerrarse tras ella.

El Inspector Jefe se llevó la mano a su barba incipiente al tiempo que suspiraba.

—No encontraron nada —dijo—. Y ese es el problema. No hay cuerpo, ni señales de una riña. Ni siquiera el vehículo del hombre. Todo lo que hallamos fue el pico que dijiste que llevaba, pero para entonces toda la sangre había sido lavada por la lluvia. Tomaremos muestras de sus ropas y las llevaremos al laboratorio para examinarlas, pero, honestamente, a menos que tengamos algo para compararlas, no habrá caso.

El pasillo estaba vacío excepto por un solo oficial que trotaba con un cargamento de kits de emergencia en sus brazos —mantas, botellas de agua, y esos pequeños cepillos de dientes de un solo uso, como si la higiene dental fuera tan importante como la comida, el agua, y el calor—. Isla ya había hecho sus propios preparativos en casa.

—Y con esa gran tormenta que se espera impacte a mitad de semana —dijo el Inspector Jefe—, no podemos asignar el personal necesario para registrar a fondo la zona. Ni siquiera sabemos dónde buscar. Y si no ha hablado hasta ahora —Eché un vistazo a su reloj de oro—, no va a hablar en las siguientes quince horas. Lo que necesita es dormir, algo de tiempo para pensar sobre cómo quiere jugar sus cartas. O si quiere jugarlas. Nosotros sí jugaremos las nuestras.

—¿Así que le dejamos ir? —preguntó Isla—. ¿Así de simple?

—No, no lo dejamos ir —dijo el Inspector Jefe meneando el dedo entre su pecho y el de ella—. Lo dejarás ir tú —La señaló.

*

El Inspector Jefe continuó hablando con sequedad.

—Como no podemos encontrar su vehículo tendrás que llevarlo a casa. Agger irá contigo. Debería estar al mando de esto de todas formas.

Las punzadas de irritación asaltaron el pecho de Isla haciendo crecer la irritación. No había sacado mucho de George Álvarez, y no creía que Agger lo fuera a hacer mejor. George era frágil, su espíritu estaba en ruinas por lo que sea que había sucedido esa noche. Cualquier intento de acosarlo solo haría que se replegara más en sí mismo. Isla sintió una súbita oleada de empatía hacia George y esperó que tuviera a alguien que lo cuidara, aunque nada en su archivo sugería que estuviera casado o tuviera algún familiar cercano.

Una extraña imagen le sobrevino entonces, la de George solo a la deriva en el estuario. No había nadie que le diera la mano y lo tomara. La marea se lo llevaba hasta donde el río Taw se encuentra con el océano Atlántico y allí, atrapado por la marea creciente y la corriente del río, espantosas olas engullían su cuerpo. Entonces solo quedaban aguas oscuras e indómitas enseñándole los dientes amenazando con apoderarse de ella, agarrarla por los tobillos y empujarla hacia las profundidades, hasta la más insondable de las oscuridades.

Domingo

Marea baja. Domingo por la mañana. Salida del sol: 07:40.

Media Luna. Salida de la Luna: 02:20.

George flexionó las manos, primero las palmas hacia abajo en la mesa de metal y luego hacia arriba de cara a las luces fluorescentes. Sus muñecas tenían delgadas líneas rojas alrededor. Le recordaban algo que no le gustaba que le recordaran, un tiempo muy anterior que hasta la noche pasada había estado guardado en el fondo de su mente.

Sus ropas todavía estaban mojadas. Se sentía como la víctima de un ahogamiento rescatada del estuario y dejada sobre la camilla de la morgue toda la noche. Todo lo que quería era apartarse de esas condenadas luces fluorescentes y regresar a casa.

—Le vamos a dejar ir. Como no conseguimos encontrar su coche, lo llevaremos a casa.

La inspectora —no podía recordar su nombre— intentó sofocar un bostezo. Había sido una larga noche para ambos.

—Primero tiene que ser procesado. Es el procedimiento estándar cuando traemos a alguien a la estación. Nada de qué preocuparse. No significa que tenga cargos por un crimen o que sea siquiera una persona de interés, al menos no esta vez.

Abrió una de las esposas, la deslizó por la barra de metal adosada a la mesa y se la colocó de nuevo en su muñeca. Era todavía

joven, quizás contaba con poco más de treinta años si George tuviera que adivinar su edad. La curva felina de los bordes de sus ojos y la redondez de sus mejillas eran engañosas. Aunque sus rasgos hablaban de una mujer acabada de salir de la academia, podía ver la madurez en la manera cómo se conducía y sabía que ella no podía llevar menos de una década haciendo ese trabajo.

Lo condujo a la puerta y por el pasillo a una habitación sin ventanas que olía fuertemente a tinta. Con una eficiencia profesional le quitó las esposas y las colgó de su cinturón.

—Estaré esperando afuera para llevarlo a casa.

George casi deseaba que pudiera quedarse con él. Ella no era como los demás. Parecía mirarlo como un humano debe mirar a otro, sin el prejuicio que vio en los ojos de los otros oficiales. Conversar con ella había sido bastante fácil. Si las cosas fueran un poco distintas, podría incluso haber sido capaz de contarle que le había traído esa noche en el hotel. Pero su mente no estaba para repasar esos detalles. Sabía que pasado un tiempo las preguntas se acabarían. Solo tenía que ser paciente.

La oficial encargada del procesamiento presionó sus dedos en las almohadillas de tinta colocadas sobre el mostrador que los separaba, luego los aplastó sobre un pedazo de papel con pequeños cuadros para cada huella. Le dio un pañuelo de papel para que se limpiara las manos, pero la tinta negra se quedó en los pliegues de sus yemas aún después de usarlo.

Sintió que la inspectora lo examinaba con vacilación. Le permitió que dirigiera sus pasos, conduciéndolo hacia la puerta para salir al embaldosado corredor. Notó sin ningún interés cómo los oficiales se escabullían junto a él, dándose prisa con sus tareas matutinas. Sospechó que él era la tarea matinal de la inspectora y que a ella parecía no gustarle. No lo había deducido a partir de su expresión, no podía ver su rostro tranquilo cuando echaba un vistazo por encima de su hombro, sino que más bien lo sentía en la manera en la que lo miraba.

Dejó de escrutarlo al llegar al área de recepción. Un oficial repelente con cara larga le observaba con ojos suspicaces. No era

repelente en apariencia u olor; su uniforme era impecable, sus zapatos brillaban y su cabeza estaba certeramente afeitada. Aún así, había algo repelente en él que no ocultaba la colonia que llenaba las fosas nasales de George. No sabía cómo es que podía sentir la esencia del hombre, tal vez lo estaba imaginando, quizás todo estaba en su cabeza. Todo se había vuelto extraño para George desde hace mucho tiempo.

—Lo llevamos a casa —dijo ella.

El oficial repelente gruñó algo y luego se dirigió a la salida del edificio como si no tuviera compañía. George se dejó llevar al asiento trasero del coche patrulla. La atmósfera era gris, el sol apenas había salido.

No había pertenencias suyas que recoger excepto el pico sangriento, cuyo origen él no quería recordar. Frunció el ceño, rechinando los dientes mientras hurgaba en sus recuerdos, revolviendo aquel lío en busca de respuestas. Nada salió a la superficie excepto tinieblas y un dolor de cabeza, luego el portazo del conductor. Se estremeció y lanzó una mirada iracunda al oficial repelente. El hombre se la devolvió con brutalidad, como si le agotara la sola existencia de George.

La inspectora se instaló en el asiento delantero de pasajero. Era extraño ver a esos dos. No había pasado una hora con ninguno de ellos pero podía sentir la inconfundible onda de animosidad existente entre ambos. El Inspector anteriormente bautizado por George como Oficial Repelente dijo algo con brusquedad dirigido a ella. Sin embargo George no pudo entender sus palabras, ya no estaba escuchando, estaba cansado de escuchar. Había estado escuchando durante toda la noche anterior en una fría habitación, sentado en una rígida silla e inclinado sobre una dura mesa, sujeto con unas delgadas, cortantes esposas, mirando sin expresión a unos rostros serios.

Quería ir a casa.

Quería poner el pie en el pequeño paraíso de brillantes pétalos que era su patio trasero. Quería ver cuántos milímetros habían cre-

cido sus margaritas. Quería sonreír a sus girasoles que miraban al cielo. Quería sentarse en medio del silencio y escuchar los arañazos de cada mañana. Su visitante de la mañana siempre venía, arañando la tierra, apartando cualquier desperdicio que pudiera encontrar. George sonrió imaginando esos familiares ojos amarillos y la suavidad que emanaba de sus bordes.

Es domingo por la mañana, marea baja, 7:40 am. Otro día menguante en el adormilado Norte de Devon, mientras las aguas continúan arrullando nuestro pequeño hogar, el sol levanta su somnolienta cabeza en el este, renovando su pacto cotidiano, extendiendo su dorada melena sobre este Atlas que es la tierra.

La boca de George dibujó una pequeña sonrisa. Una que no quería ser vista o compartida. La Inspectora había sintonizado Radio Devon y Chris había pinchado «Atlas»; los primeros acordes de la canción de Covenant llenaban los espacios vacíos del coche patrulla. Cerró los ojos y dejó que su mente vagara por los pequeños deleites que había compartido la semana anterior. Deseó estar en su coche, acelerando hasta 90 millas por hora serpenteando la ladera del empinado acantilado, temiendo a la muerte y queriendo no obstante hostigar a la ominosa entidad.

Oficial Repelente ladró algo a la Inspectora y luego condujo soez entre queja y queja. Su voz era ruda y desagradable, como si acuchillara la consciencia adormilada de George. La Inspectora respondió. Una réplica cortante y rápida. Su tono era suave, pero algo punzante. Como si hubiera insultado al oficial repelente de manera cortés.

Habrían pasado diez minutos cuando llegaron a su casa. Vivía en las afueras de Saunton en un terreno boscoso. El camino de tierra que conducía a su casa arrancaba sin aviso de la carretera asfaltada, casi oculto por la fronda de arbustos que crecían en exceso a los costados del mismo. Le gustaba vivir apartado. Le gustaba el ambiente repleto de árboles y frondas que crecían de manera

silvestre alrededor de su casa y trazaban el camino a su morada. Quería estar rodeado por la naturaleza, ser capaz de salir en una de esas noches, despertar de un sudoroso pero olvidado sueño. Quería ser capaz de pararse desnudo en el porche y escuchar los sonidos nocturnos de la Madre Naturaleza.

La inspectora se detuvo junto a su casa. Él esperó pacientemente que ella saliera y diera la vuelta para buscarlo en tanto sus pisadas crujían sobre las capas de hojas caídas que alfombraban el jardín del frente. El oficial repelente salió también. Se estiró como si hubiera estado confinado durante eones en el auto y se recompuso con rapidez. Lo agarró con más gentileza y confianza esta vez. Lo hizo salir, y lo recostó junto a la puerta del auto con cuidado. George frotó sus muñecas con esmero disfrutando al sentir cómo volvía a fluir la sangre a sus dedos.

—Estaremos en contacto si necesitamos algo más —dijo el oficial con su cara brutal mirándole fijamente. Entonces George se notó parpadear nerviosamente. Un parpadeo que pudo haber sido cualquier cosa: suspicacia, miedo o confusión. Quería estar solo, en su casa, en su jardín, escuchando los suaves arañazos de *Mother Fox*.

Esperó que disminuyera el ronroneo del auto y finalmente dejara de escucharse en la distancia, antes de, con pasos lentos y cansados, rodear su hogareña casita hasta llegar al patio trasero, levantando con cada pisada un montón de hojarasca.

El patio trasero estaba bien mantenido. Era una pequeña y colorida morada, una vista sin mácula de arriates bien cuidados y macetas de intrincado diseño que albergaban coloridas flores, algunas más exóticas que otras. Se arrodilló junto a su favorita. Una rara variedad de rosa. Lucía especialmente bella esa mañana, y su floración en espiral de pétalos blancos y rosados era un bienvenido contraste con el sórdido y gris ambiente de la sala de interrogación en la que había pasado la mitad de la noche anterior. Se inclinó y aspiró algo de su fragancia, dejando que los invisibles zarcillos masajearan sus nervios. Cerró los ojos para disfrutar ese momento y

esperó como si estuviera en comunión con una divinidad. El sitio donde se hallaba era el santuario de *Mother Fox* y, por ende, el suyo.

Esperó sentado a escuchar el arañazo para luego sentir el roce húmedo de su nariz en la muñeca, así era como *Mother Fox* solía saludarlo casi todas las mañanas.

Durante los siguientes instantes de silencio una pequeña punzada de pánico lo acuchilló. Miró alrededor un poco confundido, y luego sus ojos vagaron buscando entre la miriada de pétalos el pelo cobrizo de *Mother Fox* con la esperanza de que ella estuviera demasiado distraída como para venir a verle.

George no podía. No podía encarar otro lunes sin ver a *Mother Fox*. La necesitaba para superar aquellos malos momentos. Necesitaba pasar su mano por su sedoso pelo y frotar su húmedo hocico con el revés de su mano. Necesitaba verla cuidar a sus pequeños. Notar la calidez de una familia que nunca tuvo antes de pasar el día con una sonrisa fingida, esforzándose por hacer su mejor trabajo delante de los rostros aburridos de un grupo de adolescentes, enfrentándose a cada una de esas inquietantes miradas y cada uno de sus comentarios burlones, simulando que sus comportamientos estúpidos no hacían más que rebotar en su espalda cuando, de hecho, lo atravesaban haciendo pedazos su interior.

«Soy mil personas, de un día a otro».

Escuchó la canción proveniente de algún lugar. Ese verso siempre removía algo en su interior. Venía desde el frente de la casa. Siempre dejaba encendida la radio, nunca dejaba pasar un día sin escuchar la estación de Radio Estuario. Sus pies se movieron de manera espontánea en tanto la música lo distraía por un instante, llevándolo de nuevo al frente de su hogar. Se paró allí y dejó que las palabras resonaran con él.

«Todos volamos sin control de tierra. Pronuncio mi nombre en la vorágine».

Pero todavía no estaba satisfecho. Solo podía fundirse con la letra de aquella canción si la acompañaba a pleno pulmón tras el volante de su rugiente Golf Karman del 92 mientras se acercaba peligrosamente al borde de una caída de mil metros, esperando

que quizás en esos escabrosos cinco segundos de desapego mental pudiera sentir algo parecido a la paz.

Se encaminó a los escalones del frente, se dio prisa en coger sus llaves y salió en busca de su precioso Golf Karman del 92.

